

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Monsells y Garcia, Mayor 24, Ma-
id y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de
ella, trimestre 30.

Viernes 14 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

LA VIDA PRACTICA.

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES.

Cuentan de un sujeto que se propuso gastar una onza en obsequiar á sus amigos el dia que, reuniéndose tres ó cuatro, no hablarán de aventuras amorosas, y se fué con su onza á la sepultura, por faltar siempre el motivo de su propósito.

Sin duda que esto pudo muy bien ocurrir, y que deben ser las tales aventuras tema obligado de todas las reuniones de hombres, cuando hoy, que por casualidad se han encontrado en mi casa cuatro ó cinco amigos, me han puesto la cabeza como olla de grillos á fuerza de hablar del amor y de las mujeres, y aún de los maridos.

¡Qué de episodios! ¡qué de lances! ¡qué de peripecias!

Don Juan Tenorio me ha parecido un niño de teta en achaque de amores comparado con mis buenos amigos.

Uno ha sido para las doncellitas un diablillo tentador como si dijéramos, «la nata y flor del amor» otro, mas sentimental y caritativo, se ha dedicado á «consolar al triste» bogando por la laguna Estigia con lindas viuditas que estaban sobrado apesadumbradas con el recuerdo de sus difuntos «tiranos»; este ha sido el espanto de los padres que tienen niñas casaderas: aquel es el terror de los maridos.

Crear, despues de oidas tantas «proezas», en la virtud de la mujer, es una locura; no atreverse con todas, una imbecilidad.

Mientras mis amigos celebraban con alegres carcajadas el recuerdo de sus «glorias», yo me hacia consideraciones tan tristes y serias que aun en este momento embargan mi ánimo.

Nadie se alaba de haber engañado en un asunto á un hombre, na-

die lo confiesa, nadie deja de sentirse avergonzado cuando se le prueba: mal dice de nuestras costumbres que personas que pasan en sociedad por inmejorables, se precien públicamente de haber burlado á una mujer llenándola de amargura y de infelicidad.

Y, sin embargo, engañar á un hombre suele ser una lucha de igual á igual entre dos personas educadas, del mismo modo que ambos llevan acaso el objeto de engañarse uno á otro, si hayan ocasion de burlar á una mujer, es muchas veces abusar de que la mujer es mujer, siendo niña en la edad al paso que el hombre hace de calavera hasta bien entrado en años; otras muchas es sacar partido de la excitacion que en ella produce la lectura de cuatro noveluchas no pocas, es sencillamente aprovechar, en perjuicio de la mujer, la mala educacion que se las dá, especialmente aqui, donde su actividad no tiene más empleo que seducir y fascinar al hombre para que las acompañe al altar, y en algunas ocasiones es abusar de que estén ofuscadas por la pasion.

Es decir, que engañar á un hombre implica siquiera alguna habilidad, al paso que para burlar á una mujer hace falta poca, porque no es igual la lucha de la malicia experta y serena con la de la ignorancia confiada y llena de pasion.

El beneficio que reporta el que engaña á un hombre puede en parte servirle de disculpa; el que se obtiene de burlar á una mujer es tan efimero que, como esas burbujas de jabon que hacen los niños solo momentos dura; el que roba oro, al menos procura adquirir algo duradero: el que quita honra, solo un placer de unos instantes, y no puede, como aquel, calmar con una restitucion la voz de su conciencia.

Llamará un hombre «amigo» ganar su confianza y robarle, no creo que es leal, decir á una «mujer» que se la ama, ganar su corazon y burlarla, me parece traidor.

Engañar á un hombre representa si quiera alguna audacia; se corre el riesgo de recibir un balazo, ya en

este concepto puede tener el mérito de la osadía y la bravura: por el contrario, engañar á una mujer es ultrajar la debilidad, y esto es cobardía.

Cuando se ofende á un hombre, las costumbres sociales permiten lavar en sangre la injuria: cuando se afrenta á una mujer no se lava la ofensa con todas las lágrimas que pueden verter, hasta secarse, los ojos de la victima.

El que señala su paso por la tierra con una huella de lágrimas, me parece un verdugo.

Por grave que sea el asunto en que se burle á un hombre, casi nunca tiene consecuencias tan funestas como las que sufre la mujer, con esas burlas que luego se cuentan como graciosos chascarrillos entre el humo de un cigarro en la mesa de un café.

En esas burlas pierde la mujer la posicion social que ningun hombre honradose atreve luego á darle; en ellas pierde el amor de su familia que, animada por las ideas que generalmente se tienen del honor y del deber, de un espíritu de repulsion hacia la victima, digno de una sociedad gentil léjos de tender la mano á la desgraciada que tuvo la debilidad de tropezar y caer, arroja sobre ella todo el peso de su indignacion, haciéndola imposible que se rehabilite y se levante; en esas burlas pierde la mujer la consideracion y el respeto de la sociedad; en ellas pierde la honra, é impulsada por una infinidad de circunstancias que la sociedad y su propia familia acumulan inconscientes en su daño, concluyen por perder la virtud, y la mujer que acaso hubiera sido una excelente esposa y una cariñosa madre, cae despeñada de falta en falta al fondo del más inmundo de los abismos.

Mentira parece que esta sociedad que individual, y colectivamente ama el bien, sea tan falta de sentido moral en todo cuanto con la mujer se relaciona.

Todos esos tipos que suelen llamarse hombres de moda, que pasan su

vida de conquista en conquista, por más que todos les demos la mano y por más que sea duro decirlo, no merecen el nombre de hombres honrados, porque el hombre que engaña, el hombre que deshonra, el hombre que siembra el mal, no es hombre honrado.

Hacer caer á la mujer, rebajarla á la condicion de instrumento de deleite, arrebatarla del cielo para sumirla en el fango, llevar la discordia al seno del hogar, desmoralizar la familia, es herir á la sociedad en el corazon, porque se quebranta el más poderoso elemento social, que es la mujer, esa mujer que al hacerse madre, da al país, que, sabe honrarla como merece, esa dulzura, esa dignidad, esa poesía, ese sentimiento, ese espiritualismo, esa moral bellísima que sabe imprimir en los seres que crecen bajo su dulce amor.

Ya me parece que oigo decir y qué tiene todo este farrago que ver con «la vida práctica?»

Voy á decirlo.

La moral no tiene solamente la boudad de la belleza: tiene tambien la de la conveniencia y la utilidad.

Comprendo que haya quien no sea amante de la moral por entusiasmo y la practique por cálculo, y hasta diria que por egoismo.

Las ideas que he tratado de combatir pueden calificarse de disolventes de la familia.

Como no es lo general ser solo en el mundo, sino que, por el contrario, es lo comun tener hermanas, mujer é hijas; contribuir de palabra y de obra á la corrupcion de la mujer, es además de todo, estúpido y poco práctico, es exponerse á sentir en cabeza propia las consecuencias de este proceder, es como el propietario que predicara el incendio de la propiedad, que se expondría muy mucho á que su casa ardiera.

F. DE P. E.